



## UNA DE DIOS

No hay una errata en el título. Efectivamente va de Dios.

Ahora no es fácil hablar de ÉL, ni siquiera nombrándolo como el Misterio. Quien lo hace parece raro o fanático o atrevido. Sin embargo, necesito hablar de Dios, hablar con Dios. Más bien lo que intento es escuchar a Dios, que es, si cabe, mayor pretensión.

La meditación y la oración, según dicen los entendidos, son los caminos más sencillos para la escucha de Dios. Las devociones, las oraciones reiteradas, incluso los rezos comunitarios con cierta dificultad acercan el oído al latir de Dios, porque sin darnos cuenta o nos ensoberbecen o los volvemos rutinas. Así que, no encontrando otra vía, empecé hace años a rezar el Padre Nuestro. Esto me pareció más sencillo y trataba de entender qué quería decir con cada frase.

*Padre Nuestro que estás en los cielos.*

Quiero decir con ello que estás en los cielos. Es decir que eres diferente, lejano, distinto y si eres así, sin duda, eres sabio, eres misericordioso, eres justo, eres magnífico y poderoso.

Por eso, eres algo que no puedo abarcar, que no puedo entender, pero, como al tiempo te digo padre, sé que estás aquí, muy cerca, como lo está un padre de su hijo. Y entonces me maravillo. ¿Por qué cerca de mí? ¿Por qué cerca de nosotros? ¿Quiénes somos la raza humana para que Tú que estás en los cielos te acuerdes de nosotros?

*Santificado sea tu nombre*

Bendito seas, bendito tu nombre mil veces, porque siendo tan grande y lejano, me consideras tu hijo, me tratas como a tal. Nos tratas a todos como a hijos y nosotros, que no aceptamos con facilidad a los demás, que sospechamos de ellos, que nos irritamos con ellos, que los despreciamos y sólo nos ocupamos de los que nos parecen inferiores y con eso nos hacemos los buenos y condescendientes, ¿cómo merecemos que nos trates como a hijos y nos hagas a todos iguales? Bendito sea mil veces tu nombre porque no nos miras mal.

*Venga a nosotros tu Reino*

Esto te lo hemos de pedir muchas veces, porque no hay reino tan justo y misericordioso, no hay lugar en donde reine el amor de tal manera que todos seamos de veras iguales. Un Reino en donde no haya recelos, ni envidias, ni disputas, ni temores, ni angustia o rencores, ese es el reino más deseable. Todos querríamos, si lo pensáramos despacio, vivir en él.



*Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*

Si tu ley es esa, la de hacernos a todos hijos e iguales, sin rencillas ni disputas, en paz y armonía, es que Tú solo, Señor, sabes cuál es la clave de la justicia. ¿Cómo puedo yo entender cuáles sean tus razones, lo que te mueve, si es tan raro que a nada de lo que yo sé y siento se parece? De manera que por más que me devane los sesos, yo no hallaré en los cielos o la tierra una respuesta a tu extraña forma de ser justo. Así que, renuncio a mis leyes, lo dejo todo en tus manos, que Tú sólo, Señor, eres capaz de traer ese Reino tuyo en el que todos somos hermanos.

*Danos hoy nuestro pan de cada día*

Necesitamos de alimento porque sin él perecemos, pero lo que más necesitamos es el alimento que nos saque de nuestra indigencia moral. Y dánoslo cada día, porque nuestros propósitos son efímeros y duran un instante. Si miramos la propuesta de tu Reino, sabiendo que no es el que construiríamos con nuestras leyes y voluntades, sin duda necesitamos de un alimento diferente, de un auxilio distinto del que nosotros podemos procurarnos, para ser capaces de hacer nuestras tus leyes. Danos de ese pan tuyo que nos haga entender cuál es la real y positiva misericordia, que nos cambie el modo de mirar a los que miramos y vemos tan lejos de nosotros; a los ricos a los que envidiamos, a los pobres a los que despreciamos o de los que nos compadecemos con recelos y a distancia. Necesitamos, Padre, que a todos nos toques por dentro con ese nuevo alimento. Para que nos miremos como debemos hacerlo, de modo que de verdad venga tu Reino.

*Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden*

En la certeza de que, a pesar de todo, perdonas nuestras ofensas, te pedimos, Padre, que nos permitas perdonar a los que nos ofenden. Que siempre tengamos presente tu gran misericordia y en todo momento seamos capaces de alcanzar al menos un poco de ella. Sin tu ayuda sabemos que no podemos. Danos de tu pan y con él de tu misericordia. Las ofensas que recibimos las devolvemos y no es eso lo que Tú haces. Enséñanos a hacerlo, porque sin Ti no podemos.

*No nos dejes caer en la tentación*

Esa es la gran tentación, erigirnos en jueces severos de todo, guardar nuestro rencor y esperar la ocasión de hacer pagar a todos por sus culpas. Mientras que Tú que todo lo puedes, te guardas tu ira, te guardas la venganza, ni siquiera ajustas cuentas. Así que no nos dejes caer en la tentación, pero sin tu ayuda, sin tu pan, poco podemos hacer,



así que danos un corazón capaz de amar de tal modo que ni siquiera veamos las ofensas y mucho menos el castigo.

*Líbranos del mal*

Ese es el mal. El mal de nuestra justicia imperfecta, de nuestra misericordia selectiva, de nuestro amor restringido e interesado, de nuestras ambiciones que aplastan a otros. Líbranos, Padre, porque sin tu apoyo y ayuda no podemos.

Pero, estas dos últimas frases de la oración, tienen además otro sentido cuando la recitamos como las aprendimos de niños en latín:

*Ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo*

Lo que te pedimos, realmente, es que no nos aboques a la tentación, que no nos pongas en riesgo, porque cada vez que en nuestras vidas tenemos la opción de escoger, con frecuencia escogemos el camino equivocado. No nos conduzcas a tentación, apártala de nosotros, porque si está cerca, caeremos en ella. En esto señalamos nuestra miseria y tu grandeza, a la vez que la confianza en tu misericordia sin fin.

Mas bien, líbranos del maligno. Ese maligno que aún teniendo una identidad separada, está metido dentro de nosotros y es el que nos da razones para tomar el camino equivocado. Haznos, Señor, desconfiar de nuestra propia naturaleza, que pudiendo en libertad escoger, no escoge siempre hacer tu voluntad. Aparta de nosotros nuestras sabidurías, nuestras confianzas, nuestro poder y nuestra influencia, y sustitúyelos por la plena confianza en Ti.

*Amén*